

IIIº Domingo de Adviento

La intolerancia contra los musulmanes es inaceptable en nuestro país. Los ataques terroristas aumentan la ansiedad naturalmente. Pero algunos estadounidenses creen que todos los musulmanes son potencialmente peligrosos. La creencia de que los musulmanes deben ser excluidos de nuestro país es anti-americano y anti-cristiano. Estas opiniones se derivan de la ignorancia y el miedo. También vienen de la falta de fe en Dios, que creó el mundo y vio que era bueno. Tenemos una naturaleza buena dentro de nosotros que puede enfrentar el terrorismo con la caridad. Podemos construir la paz.

San Pablo promete a los Filipenses que “la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, custodie sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.” Argumenta de manera muy sencilla: “El Señor está cerca. No se inquieten por nada.” Si tienes fe, si crees en Dios, y si crees que Dios está cerca, no tienes nada que temer, no importa qué terrores puedan estar a tu alrededor. El tema de San Pablo va muy de acuerdo con el tiempo de Adviento. Pasamos estas cuatro semanas en espera de la Navidad con el espíritu de nuestros ancestros que esperaban al Mesías. Sabemos que la Navidad está cerca. También creemos que “el Señor está cerca.” Esa es la fuente de nuestra paz.

La segunda lectura de hoy también ha servido como la antífona de entrada de la misa en el tercer domingo de Adviento, al menos durante los últimos 1300 años. “Alégrense siempre en el Señor”, comienza. “Se lo repito”, dice Pablo. “¡Alégrense!” La primera palabra con que inicia la antífona en Latin es *Gaudete*, y es por eso que todavía se refieren a este día como Domingo *Gaudete*. Si usted tiene una corona de Adviento en casa, este es el día en que debe encender la vela de color rosa. Significa que el Adviento está por terminar; La Navidad se acerca. Ya podemos oler el chocolate caliente y las galletas. Tenemos muchos motivos para estar alegres.

Esta semana El Papa Francisco inauguró el Año Santo de la Misericordia con la apertura de la puerta santa en la basílica de San Pedro en la Ciudad del Vaticano. Los peregrinos pasan por la Plaza de San Pedro y suben hacia arriba en el amplio atrio. A partir de ahí, tres puertas grandes dan entrada a la basílica. Las puertas en el extremo derecho se suelen estar selladas con ladrillo. Cada 25 años - y en algunas otras ocasiones - el Papa declara un año santo y abre estas puertas para que los peregrinos pueden entrar por ahí. En nuestra diócesis las puertas de varias iglesias han sido designadas como puertas santas para que podamos entrar por ellas sin tener que ir hasta Italia. Cuando visite nuestra catedral, por ejemplo, puede pasar a través de la puerta santa allí. Si lo hace con el profundo deseo de verdadera conversión, se confiesa, participa en la eucaristía con una reflexión sobre la misericordia, profesa el credo, y rezar por el Papa y sus intenciones, recibirá una indulgencia. La indulgencia es más que el perdón de los pecados; elimina el castigo que sigue por haber pecado. A veces, cuando alguien te perdona, todavía te castigan. La indulgencia elimina incluso el castigo. Es un signo de la misericordia de Dios.

Estamos llamados a extender esta misma misericordia con todos los que nos encontramos. En momentos en que nuestra nación está viendo signos sin precedentes de la intolerancia religiosa, todos debemos erradicar los prejuicios que albergamos en nuestros corazones. Piense en cómo reaccionas cuando ves a alguien que se viste de manera diferente, tiene un color de piel diferente, habla un idioma diferente, y come comida diferente. ¿Estás sospechando de ellos? ¿O agradeces por las oportunidades que Dios te da de disfrutar de la diversidad de su creación? Misericordia es trabajo, y el trabajo comienza en el corazón de cada persona, empezando por mí y ustedes.